



La bajada al sótano-almacén termina en una gruta, al fondo de cuyo estanque parpadea inquietante la bestia, marcando el fin de la aventura de toda dama caprichosa en persecución del tapiz imposible...



PROYECTOS DE TIENDAS

Publicamos en este número, con bastante profusión de grabados, como verá el lector, cuatro instalaciones de tiendas, debidas a otros tantos arquitectos, destacando una faceta de nuestra profesión, posiblemente poco importante en cuanto al estado de mediciones y responsabilidad estática de la obra, pero mucho en lo que respecta al valor educativo que estas pequeñas cosas tienen para el hombre de la calle, dada la atención que, por fuerza, les tiene que prestar cada día, como se recordaba en una reciente Sesión de Crítica de Arquitectura.

Supongamos que un gran comerciante español enferma. Inmediatamente se pone en ma-

nos del mejor médico conocido, porque se trata de algo tan importante como es su salud. Si tiene que ventilar un asunto de millones, acude a que defienda su pleito al mejor abogado: es congruente porque es su dinero lo que está en litigio. Pero si lo que tiene que hacer es una instalación comercial, aunque sea importantísima, lo más frecuente es que no sólo no acuda al mejor arquitecto, sino ni a cualquier arquitecto, porque legalmente no son obligatorios sus servicios.

El perjuicio que se irroga con esta conducta que se sigue actualmente es grande y para todos. No podemos negar que a nosotros, archi-

tectos, nos afecta en lo económico; pero esto es lo de menos: nos causa mayor desazón ver los tristes resultados. Y, naturalmente, la mayor víctima es el propio interesado, perjudicado en su instalación y también en su bolsillo. Todavía hay un mayor daño, por ser de carácter más general: es para la ciudad.

En la Sesión de Crítica de Arquitectura a que se hace mención ya se habló largamente de la importancia que las pequeñas cosas o detalles tienen en el efecto general de una concepción más amplia. Nuestra experiencia de arquitectos nos enseña qué enorme diferencia hay entre la obra que dejamos terminada hasta los últimos detalles y aquellas en que nos sustraen esta labor para encomendársela a otro no profesional. Nuestra mayor satisfacción es que, junto con el proyecto de un edificio, se nos encargue el correspondiente a muebles, cortinas, aparatos de luz, etc., y esto aunque no se nos pagase por ello. Contrariamente, cuando vamos a una obra recién terminada, que hemos estado mimando, y nos encontramos con que la señora colgó ya su araña, sus espejos dorados y demás "detalles de gusto", se nos quitan las ganas de aparecer por sus cercanías para siempre. Pues bien: esta consideración, que es cierta para la Arquitectura, lo es igualmente para el Urbanismo. Poco se aprovecha una ciudad de su buen trazado y de sus bien estudiadas Ordenanzas si, cumplidas éstas y construída según lo previsto, se abandona en manos poco hábiles la terminación: farolas, bancos, fuentes, y, cómo no, en primer lugar, por su importancia, las instalaciones comerciales. Y esto, señores, es lo que está pasando. Y esto tiene buen remedio. Es más, sirve para paliar defectos mayores. Un trazado equivocado de una calle no es fácil corregirlo una vez ésta construída; pero si no quedó como se pensaba, puede todavía salvarse gracias a una terminación cuidada de sus detalles.

La realidad nos dice que la gente pasa por las calles con la vista baja. La demostración es sencilla. Preguntad a muchos que recorren todos los días el mismo camino varias veces cómo son las casas que hay en su trayecto, cómo sus balcones, cómo sus cornisas, y veréis qué pocos os pueden responder. Contrariamente, preguntadles por los establecimientos, y ya os darán razón de ellos.

En Alemania, las reconstrucciones han empezado por abajo. Hay ciudades en que están hechas las calzadas, concluídos los servicios públicos, instalados los comercios. Pues bien: la impresión es de que allí no ha pasado tanto como dicen.

Y siendo esto así, nos preguntamos: ¿Cómo es que el Ayuntamiento, tan rígido en hacer cumplir las Ordenanzas de alturas, rasantes, etcétera, que da prueba de gran celo por lograr el mejor aspecto de la ciudad, no cuida de este extremo, exigiendo la garantía de un arquitecto en la instalación de establecimientos con fachadas a la calle?

Cabe una respuesta maliciosa. Si los archi-

tectos hiciesen los proyectos de instalaciones comerciales, ¿lo harían mejor? Se puede afirmar que sí, y no con razones teóricas sobre nuestra preparación, etc., sino con realidades. No hay más que mirar desapasionadamente las fotografías que se publican en esta revista y compararlas con aquello que estamos acostumbrados a ver en nuestras calles.

Cuando se exige un arquitecto para proyectar y dirigir una obra de nueva planta, no hay que preguntar por qué se hace así. Cuando esta exigencia es para hacer un revoco de fachada o para modificar una cornisa, trabajos en que no hay, evidentemente, problemas técnicos ni peligro de ningún orden, es evidente que lo que se pretende es una garantía estética que salvaguarde los derechos de la ciudad, que, sin embargo, quedan seriamente comprometidos al no seguir análoga conducta cuando se trata de elementos de más trascendencia, como los que nos ocupan.

No se trata, naturalmente (al plantear este problema), de querer invadir un campo de trabajo que no nos pertenezca, pretendiendo quitárselo a sus legítimos poseedores. Los decoradores no están o, mejor dicho, no deberían estar en campo contrario al nuestro, como no lo están los contratistas. No somos enemigos, sino colaboradores; pero, eso sí, cada uno en el lugar que le corresponde.

El decorador es necesario; el arquitecto, también. Ninguna obra más complicada y compleja que una instalación, y eso, en muy pocos metros cuadrados, es lo que dificulta más la cosa. Para llevarla a cabo con éxito se precisa la organización, que aúne la diversidad y la conduzca armoniosamente a buen fin. Esta es la tarea propia del decorador. Pero ese fin debe responder a un proyecto y obedecer a una visión más amplia del problema concreto y general que hay que atender en esta clase de obras. Pues ésa es la misión propia e indiscutible del arquitecto.

No olvidemos que uno de los defectos típicos de nuestra raza es el exagerado individualismo: que es muy difícil que una sola persona lo resuelva todo, que es preciso recurrir al equipo, y esto no para gravar más al cliente, sino para, con una concepción más lógica de los problemas, beneficiar a éste no solamente en el logro de su empeño, sino también en sus consecuencias económicas.

Nuestro ideal es convencer, y después de las muestras de capacidad que en el campo de la decoración han dado muchos de nuestros compañeros, no creemos que la cosa sea difícil. Sin embargo, y aunque el ejemplo de los clientes que voluntariamente se ponen en manos del arquitecto va cundiendo, deberíamos, por nuestra parte, todos nosotros, y en particular los compañeros que ocupan puestos directivos, procurar que, como norma, se exija la presencia del arquitecto en el tipo de obras a que nos venimos refiriendo.

C. M.